

UNA TARDE EN EL MAR



VAYA una tarde espléndida!
¡Qué cielo tan azul, y qué
revoltijo de golondrinas
y vencejos alegraba los
aires! Ah, ¡quién como ellos tuviese
alas para derramarse libremente
por el espacio, lejos, muy lejos, más
arriba de montes y llanuras! Era tris-
te lance verse obligado al encierro
de una aula penosa, que henchían las
vaharadas del resistero y la gente
menuda. Ea, enojaba tener que ir á
la escuela; colgar de un banco, á gui-
sa de inútiles instrumentos, las pier-
nas que anhelaban corretear; verse
uno obligado á arrastrar por los sig-
nos de un libro la imaginación que
se sentía atraída por los chillidos de

las golondrinas, por el cuchicheo del viento, por cada brizna de hierba, por cada hoja de árbol. Era triste cosa, ¿pero qué remedio? uno se hallaba constreñido al cumplimiento del deber. Y yo me encaminaba hacia allá perezosamente, cabizbajo, doliéndome en el alma... A cada paso me detenía suspirando. ¡Dios mío, cuanta agalla habría en el robledal! Moras y endrinas estarían ya maduras. Si yo hiciese novillos...

Encontrábase ya á la vista de la escuela cuando una voz conocida me estremeció de pies á cabeza. Aquella voz era la de Volivarda, un muchacho pescador, que me llamaba con un dilatado *eeep!* desde la profundidad de una calleja.

Valiente sorpresa; toma, ¿quién pensara en él? Inmediatamente mi cara se puso risueña, y cruzó por mi fantasía la visión del mar y de la costa pintoresca. Volivarda y yo habíamos nadado juntos con tanta frecuencia, habíamos gozado tanto pescando pulpos y cangrejos en la roca!...

—¿Adónde vas, Volivarda? Acércate hombre, y echaremos un

párrafo. Pronto, que he de ir á la escuela.

—¡Válgate Dios por amargura! Cuidado que me pondría yo fosco como tratasen de encerrarme entre aquellas paredes. ¿Y tú vas todos los días? Concho, hay novillos hoy. Ven-te conmigo. Vararemos el esquite de Valencia. Valencia quiere que abarrotemos un cubo de erizos de mar. Erizos de mar, ¡nada más llano! De cabo á rabo conozco yo una garganta donde los hay más espesos que los pelos de la cabeza. En un santiamén disponemos nuestra provisión y nos queda todo el resto de la tarde para pescar con volantín... con un volantín de seis anzuelos que nos va á traer Canario; no has visto en tu vida primor semejante. Mira, yo vengo de coger caracolillos para los cebos. He abarrotado una nasa; los encontré aquí cerquita en los hinojos de Camperdut. ¡Concho, no eres hombre si no haces novillos!

Yo, rascándome la cabeza, pensativo, atendía. El corazón latía en mi pecho como una mariposa dentro de un puño infantil. ¡Vaya si me tentaba la proposición!

—En casa cenamos á las ocho —murmuré.

—A las siete y media estaremos en tierra —contestó Volivarda— y leyendo la desconfianza en mi mirada, añadió, besándose el dedo gordo, cruzado sobre el índice.— ¡Fatal como la muerte!

En esto, las manos de alguno que se me había acercado por detrás, me cerraron los ojos, y al mismo tiempo un aliento caluroso me humedeció la nuca. Volvime de repente y me encontré rasando la famosa nariz que resplandecía en la caraza risueña de Payús, un chico rebolludo, gordo, grasiento. Ya antes de encararme con él habíale sospechado autor de la sorpresa, por el tufo de alquitrán y arenques podridos que exhalaba constantemente. ¡Qué feo era el arrapiezo! Tenía las mejillas hinchadas, la nariz hundida, y los párpados tan frondosos y lacios que para mirar le era forzoso echar atrás la cabeza, á guisa del que jugando á la gallina ciega quiere mirar por debajo del pañuelo.

Arrollóme el brazo á la cintura, y me dijo: —Vendrás á la embarca-

ción, ¿verdad? ¡Concho, lo que nos divertiremos!—

En tanto, el otro lobato de mar, Volivarda—éste era alto, enjuto, de color centenoso, carilargo, y de cabellos enmarañados cuyos rubios mechones rebosaban por los dobles y agujeros de la pequeña barretina—tiraba de mi ropa, acariciándome la cerviz.

¿Qué partido había yo de tomar? ¿Qué santo hubiera resistido? Vaya, lo que es mi virtud no contaba con entereza bastante para hollar tanto halago.

Mientras cruzábamos el pueblo, no las tenía todas conmigo; la conciencia me hurgaba un poco, y me parecía á cada instante que mi padre había de surgir por escotillón; pero á la vista de la playa, de la embarcación y del mar, huyeron escrúpulos y temores como lechuzas acosadas por la luz del día. ¡Viva la libertad, bendito el alborozo! Ibamos á viajar, á visitar calas recónditas, pescaríamos tal vez bichos inauditos, veríamos los bancos vivos donde se crían las conchas de mil colores que adornan la

playa, encontraríamos... ¡quién sabe las maravillas que íbamos á encontrar!

—Ea, gente menuda que el tiempo estará de perlas—nos dijo Valencia.—Mirad cuan alegre está la vieja azul que eternamente luce su mantellina de plata. Bien se compone y aavía la muy presumida. Gruñe como un can porque le es ya difícilillo roer las peñas, y la arena le daña las encías, pero no medita cosa mala. Os va á mecer en su seno como una dulce abuela. Ea, chiquitines; el viento y la corriente os ahorrarán la mitad del trabajo, y al regresar, habrá cesado el viento garbino.

Canario estaba allí aguardándonos. De bruces ante el esquite, ensebaba los palos, y me saludó con sonrisa de simpatía.

Los viejos marineros, que tomaban el fresco al pie de las rocas, á la sombra de las pitas azuladas, nos contemplaban con beatitud, hablándose lentamente, y señalándonos con el tubo de las pipas. Las mujeres que reparaban las redes, levantando sus cabezas, gritaban en broma: —Por Dios, no vayáis á agotar los

pececitos de los mares. Que volváis arrastrando un delfin.—

Nosotros no respondíamos; no podía detenernos chirigota más ó menos; nos absorbían nuestros quehaceres. Pasábamos revista á la embarcación, sumamente atareados. —¿Cerrásteis el agujerete de desagüe? —¿Qué fué del balde? —No comparece la caña del timón.—Valencia, ojo; que á los primeros vaivenes, adiós, estrovo de mis amores.—¡Qué algarabía! Valencia nos iba mostrando cuanto le pedíamos, respondía á las advertencias, y reía como si le hiciesen cosquillas.

Un muchacho que acababa de zambullirse desde una roca que se erguía dentro del mar, se nos acercó, nadando con grandes aspavientos. —¿Me admites, Volivarda? —gritó con los ojos cerrados, después de escupir el agua que sus cabellos escurrían y se le metía en la boca. —¡Arriba! —le contestó Volivarda lacónicamente.

El nadador salió á la arena sin tardanza; sus dientes crujían, temblaba y resollaba. Frotando algunas veces la espalda con la mano

sacudió cuanto pudo el agua que le rodaba por brazos y piernas, se echó sobre las carnes una camisa y unos pantalones de pana, sujetos por encima de los hombros con unos cordeles á guisa de tirantes, y estuvo ya dispuesto para la marcha. Nosotros habíamos empezado á varar, pero él andó con tal presteza que apenas botábamos al agua nuestro esquife, se agarró á la popa, saltó al interior de la embarcación, apoderóse de un palo y remó antes que los demás.

Entonces bogamos de firme; nos íbamos mar adentro con soberano empuje. Avanzábamos con cuatro remos, y Canario se encargaba del timón. ¡Qué brio! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué delicia para mejillas y frente, el aura salpicada por las ondas bulliciosas! Un leve garbino, fresco, delicioso, riente, volaba con anchura sobre el mar extenso, rizando las olas sin enfurecerlas. Todo era vida y movimiento. Las aguas corrían por todas partes, rodaban, saltaban y tintineaban empujadas por una amable embriaguez. Ufanábanse, luciendo verdes, delicadas,

diáfanas cresterías que con el ventoleo se utilizaban hasta deshacerse en coqueterías de espuma. Acá iban amorosamente unas en pos de otras, besándose con inclinaciones lánguidas y graciosas al allegarse; allá se abrían regaladamente como una boca que echa á reír. Venían, parecidas á una hueste de chiquillos curiosos, á tentar y golpear la cáscara del esquife, á pasar por debajo de él, á empujarlo ó á deslomarse desatentadamente en la rueda de proa.

—¡Sube de un salto,
sube muy alto!—

entonaba Canario loco de placer.

Uno no podía mirar las aguas, en dirección de la tierra, hacia donde resplandecía el sol, sin verse obligado á cerrar los párpados invadidos por las lágrimas. Allí el mar fulguraba con relámpagos de oro y azogue, y parecía deshacerse en chorros de vidrio bufado; y hacia la cala, en el albergue ponentino, amarilleaba como una extensa luna aceitosa.

Un atún que de un salto se echó arriba entre una zalagarda de espumas, y á pocos metros de nuestra

barca, nos hizo permanecer boquiabiertos, inmóviles—¡Hijos, cuidado si estaba orondo! —exclamamos todos.— Y quedamos algún tiempo en acecho, espiondo el regreso del atún, pero á lo mejor un fuerte rugido de viento nos arrancó á la contemplación.

—¡Vira, vira! —gritó Volivarda.— Todo el mundo á coger los remos, y á luchar de firme. El viento nos arroja á los bancos. ¡Pardiez, y como ladran los condenados!

Efectivamente, distraídos, habíamos abandonado el esquife á una corriente que nos llevaba en dirección peligrosa, hacia el extremo de unas rocas que era preciso sortear si queríamos alcanzar el rumbo de levante. Nos hallábamos rodeados de bancos cuyos recios hombros ostentábanse doquiera cuando era sorbida el agua que los rodeaba, y se cubrían de espumas y borbotones cuando regresaban las olas. El estrépito que causaban era terrible, porque se multiplicaba al regolfar en las oquedades de las peñas, donde el viento alborotaba también espantosamente. Y, á pesar de todo, el

tiempo era bueno, pero al oír aquellos fragores costaba algún trabajo creer que no se había desencadenado un temporal. Lo cierto es que andábamos atarantados; unos bogaban, otros ciaban y la embarcación giraba como presa de un remolino, á riesgo de que se dañase el esquife, dando contra alguna superficie roquera. Por fortuna, Volivarda se mantuvo sereno y nos tranquilizó.—¿Qué os aturde, gallinas? ¿Sabéis nadar ó no?—Así dijo, y señalando el punto á donde habíamos de encaminarnos, gritó: —Hacia el estrecho, Canario. Y vosotros cerrad los ojos, y bogad hasta echar los bofes. Aquí no gobierna más que el timonel.—

Apenas estuvimos concordés, salvamos el peligro en un instante, dejando atrás los bancos vocingleros.

Entramos al cabo en un abrigadero confortable donde la marejada era casi insensible, y se respiraba un aire suave que olía agradablemente á marisco. Allí descansamos brevemente, y empezamos la pesca. Volivarda se apoderó del famoso volantín de Canario, dotóle del cebo de los caracolillos que antes nosotros

habíamos quebrado, é inmediatamente lo dejó caer en el mar hasta que el plomo casi rozó las hierbas filamentosas que cunden en el lecho del mar. Fué aquel un instante sensacional. ¡Con qué afán nos inclinamos todos ansiosos de ver los peces que incurrian en la tentación!

El agua estaba purísima, empapada de una luz verdosa que permitía distinguir aun las briznas más ténues de la hierba negruzca que alfombraba el suelo marino.

No tardó Payús en apretarme el brazo, diciendo: — ¡Ahora, ahora! — Y entonces, del mismo modo que surge alrededor del viandante al atravesar la ciénaga una nube de moscas y libélulas, antes ocultas en medio de los juncos y las ovas, ví surgir de entre los tallos submarinos un sin fin de pececillos multicolores que bullían y se levantaban en torno al volantín. Pululaban, deslizábanse, subían, bajaban, y daban de boca en el cebo, precipitándose con rudas embestidas hacia allá, y disputándose los pedacitos que lograban arrancar al anzuelo. — Vive Dios, no puede uno contarlos — exclamaba

Canario. — Pero Volivarda, malhumorado, decía: — Esto es morralla y menudencia... — No vamos á alcanzar ni una pieza. Aquí no están más que los chiquitines, y nosotros hemos de ir en busca de los cabezas de familia. —

Siguiendo los consejos de Volivarda, de vez en cuando, remábamos un poco para cambiar de sitio. Payús se impacientaba. — ¿Por qué diablo merecimos la mala estrella? — murmuraba sin poder sosegar — y de pronto exclamó: — ¡Ya lo sé, pardiez! ¡Pues si no me he santiguado hoy! — Mojó los dedos, sumergiéndolos en el mar, como si los introdujera en la pica del agua bendita y se santiguó devotamente. — ¡A ver si rompemos el conjuro, concho!

Habíamos llegado á un paraje soleado, y súbitamente ví proyectarse sobre el fondo marino, borrando la malla de hilos luminosos que el sol extendía, la sombra gigantesca de dos peces que pasaban como dos centellas. Sobresaltéme, pero ni espacio tuve para advertir á mis amigos que miraran. Ya Volivarda había levantado rápidamente el arreo de pescar

avalorado por dos largas *joliolas* que se agitaban revolviendo por todos lados los colorines de su cuerpo, tan frescos é intensos que parecía que uno hubiese de mancharse la mano al cogerlas. ¡Dos *joliolas*! ¡Con qué chillidos las saludamos! No creo haber gozado jamás una alegría más pura.

—Ya está deshecho el conjuro —afirmó Payús.— No pierdas un momento, Volivarda, que esta es buenísima sazón, y bien se vé que el pez se concome de apetito.

Cierto que aprovechamos la hora. ¡Cuánta *joliola* de tonos vivísimos, cuanto serrano manchado de oro y púrpura, cuanto *estudiante* revestido de escama negra, cuanto tordo, cuanta *vaca serrana*... imposible fuera enumerarlos...! Hasta nos apoderamos de un peje diablo, pequeño monstruo de venenoso pellizco; mirámosle con terror, y aun habiéndolo matado á puro baldazo, diónos mil molestias para despegarlo del anzuelo.

—Alerta — advirtió Volivarda. — Este es un pez maldito. Hendidias trae dos agujas de hechicera que

ni con la muerte pierden el veneno. Hay que cortarlas con un cuchillo y arrojarlas. ¡Librenos Dios de poner el pie encima de tales pinchos!

—Por asqueroso y maldito que sea este pez — interrumpió Canario batiendo palmas—no querría yo jamás otra maldición que la suya en mi plato de sopa. Ni el pejesapo le vence.

—¡Sin duda!—exclamamos todos—aprobando el dicho. Payús se lamió la punta de los dedos como si ya únicamente la imaginación se la hubiese puesto sabrosa.

Nos ensimismaba nuestra labor. No nos dábamos cuenta del aire, del sol ni del transcurso del tiempo. A no ser por una rencilla que agitó Payús y que obligó á Volivarda á buscar en el cielo argumentos de paz, tal vez la noche nos hubiera sorprendido pescando, tan ilusionados estábamos.

Por fortuna, Payús, nos obsequió con su rabieta.

—Quiero intentar una calada, concho — exclamó. — Voy á probar fortuna.

Canario se opuso resueltamente.
—Eres demasiado torpe, chiquillo
—le dijo.— Me enrocarias el vol-
lantín.

Payús se enojó. Levantóse, echó
la cabeza atrás poniendo en prensa
las opulencias carnales de su enorme
cogote, y permaneció algún tiempo
mirando de hito en hito por las hen-
diduras de sus ojos, siempre semi-
cerrados, á Canario.

—¿Lo dices en serio, cara de vier-
nes? —preguntó después de un largo
silencio.— ¿Crees haberme alquilado
para mulo de carga? ¡Daca el sueldo
que me pagas! Toda la tarde he
echado los bofes remando sin cesar
y ¿no he de divertirme ahora una
miaja cómo una persona decente?

—No, no pescarás con mis arreos
—contestó Canario apoderándose del
Volantín y ocultándose entre pier-
na y pierna.

Canario era un chiquillo pequeñín,
menguado, de un rubio muy claro,
ojos azulados, algo bizco; no las te-
nía todas consigo, y las lágrimas
iban á bordear sus pestañas, pero
bien se conocía que estaba resuelto
á no ceder.

Payús se encolerizaba cada vez
más.—Renacuajo de playa, cabeza
de borras... granito de arena —le
decía con aire despectivo.— ¿Con-
migo quieres pelearte? ¿No ves que
al primer topetón voy á hundirte las
costillas cómo si me las hubiere con
garbitanas podridas? ¿Que no he de
pescar?... ¿No? Pues ello ha de ser,
de grado ó por fuerza; y mucho cui-
dado, no sea que los peces se pongan
colorados por obra y gracia de la
sangre que uno está dispuesto á
derramar, ¿oyes? ¡Daca el avío, ó te
deshago!

Ya enarbolaba los puños; más Vo-
livarda le tiró de la blusa, obligóle á
sentarse en un banco, y riendo y
echando la cosa á broma, le dijo:
—Siéntate, siéntate, abejaruco ra-
paz. Ea, toma una cigarra, y
cállate. ¿Por qué pierdes los estri-
bos, ansarón? Se te ocurrió dema-
siado tarde la idea de echar tu cuar-
to á espadas. Mira donde para el
sol. Si no vamos enseguida á los eri-
zos de mar, nos veremos obligados á
encender el farolillo.—

Todos miramos entonces á nuestro
alrededor. Virgen Santísima, ¡lo qué

nos habíamos entretenido! había pasado la mar de tiempo! Ya la sombra de las montañas se extendía muchísimo por el agua. El garbino había cesado. La llama que le servía á Payús para encender el cigarro no oscilaba lo más mínimo, y el fósforo ardía hasta que, arrojado al agua, se apagó crepitando.

El oleaje se había sosegado, borrado, extinguido... Calma chicha. ¡Y qué silencio! El tono blanquizo que adquiere el agua muerta de las ensenadas dilatábase por el mar como una capa invasora, y en la lisa capa charolada las peñas se reflejaban serenamente, pues ya la resaca había cesado de combatirlas; de las hierbas impregnadas de agua todavía se desprendían gotas musicales. Descendía de las montañas vecinas el perfume de los cantuesos y las florillas del bosque, que exhalaban un aroma más intenso al recibir los frescores de la noche que cierra. El sol, que estaba á la sazón á la otra parte de una neblina de color de herrumbre, dejaba caer desde allí, á modo de rubias pestañas de un ojo que va cerrándose, el fleco de sus

rayos que cubría todo el Montseny. El cielo empezaba á tomar un tono verdinoso. ¡Qué inmovilidad! ¡Qué silencio! Desmayaba la tarde lentamente con sonrisa de paz, con un dejo de agradable pereza que se adueñaba de los espacios sin fin.

Nos veíamos ya obligados á acudir á la tarea que nos encomendara el dueño de la embarcación. Cogimos otra vez los remos, y á levante. El esquife se deslizaba por la aceitosa llanura del mar, como un pedazo de jabón mojado por encima de un vidrio. Con poquísimo esfuerzo lo conducimos al paraje en que debíamos atracar, y luego de amarrarlo por el cabo de la cuerda á un tosco pilarcillo roquero, desembarcamos todos.

—Allí está la garganta donde se hallan los erizos —dijo Volivarda— indicándonos la boca de una caverna en la cual de vez en cuando el mar, hinchándose poco á poco, se engolfaba como si le sorbieran, con un murmullo parecido al de una deglución gigantea.

Nos acercamos allí; efectivamente, no sería forzoso volvernos de vacío. La peña submarina desapa-

recia materialmente bajo los bichos, muy densos y apretados, erizados de puas; dando en miniatura el aspecto que presentaría, acumulado en las honduras de un valle, un negro ejército provisto de picas.

La tarea se llevaba á cabo fácilmente. Con un arpón de tres ganchos, Volivarda rastrilló la peña, y cedían inmediatamente núcleos de punzantes mariscos. Payús recibía los erizos de mar en un salabrillo y los demás muchachos y yo los recogíamos con las manos del arpón y del salabrillo para comprimirlos en el cubo.

Alguna vez, al arrojar los que nos parecían demasiado chicos, se abría alguno, y el jugo y la colorada pulpa se escurrían hacia el mar, atrayendo unos animalitos parecidos á langostines verduzcos y pequeñísimos que aparecían como una nube, y como una nube se desvanecían apenas terminaban el agape que los reuniera.

—Esto es pulgón marino—me dijo Canario.— Los tales son más pequeños que los mosquitos, pero abundan más que la arena en la playa. Si se

arrojan á las piezas o á los palancones devoran el pescado con tanto frenesí que al poco tiempo no vé uno más que la pura espina. Y á ninguno temen. Verás... extiende la pierna á donde se hallaren, y te pellizcan enseguida. ¡Ojalá se consumiese toda su estirpe condenada!

Terminados nuestros quehaceres, nos entretuvimos buscando almejas. ¡Teníamos un hambre!... Pues señor, harto fué reunir cuatro almejillas y una cebolla que Volivarda poseía; y todo nos lo repartimos con excelente fraternidad, y no hubo más aderezo posible que espolvorearlo con sal que procedente de las grandes resacas, había cristalizado en el fondo de las rocas mayores. El yantar fué conciso, pero nos supo á gloria.

Me parece que estoy aun en las peñas rodeado de los chicos. Veo á Payús tendido de cara al suelo, y abrazado á medias con Canario, sin recordar que no hacía una hora que intentaba trucidarle. Veo á Volivarda y al otro muchacho sentados en lo alto de una roca; sus piernas colgaban sobre mi cabeza. Oigo á lo le-

jos el toque de oración, el son de esquila de los rebaños que bajan de los picos enhiestos, y el canto de los grillos que suena acompasadamente como el alma diminuta de un gran reloj: cri, cri, cri... Y el día va muriendo, muriendo... El horizonte se amorata; ténues velos ascienden lentamente por él, y el mar, liso como un cristal, destaca luminoso en el horizonte, bañado de una finísima palidez dorada, solo comparable á la de la luna cuando se va á poner.

¿Será preciso que llegue al trágico desenlace y os informe de que los míos descubrieron la travesura, y me condenaron á irme en ayunas á la cama, á pesar del hambre que me despedazaba las entrañas?

VISIÓN AGORERA